

La Vida Religiosa inserta: una forma alternativa de vivir

P. Gregorio Iriarte, OMI

Resumen

La Vida Religiosa de América Latina y el Caribe sufrió un profundo impacto transformador a través del Concilio Vaticano II. Llegar a constituir al pobre como criterio verificador de todo su compromiso socio-religioso, se convirtió en el verdadero motor de cambio. Esto impulsó a muchos religiosos a un cambio de lugar geográfico y social, que en el lenguaje corriente se denominó “inserción”. En medio del dinamismo de la vida, tiene que darse un necesario discernimiento para ver en qué hay que insertarse y en qué hay que distanciarse de los anti-valores de la post-modernidad. La Vida Religiosa tiene que estar presente como “antídoto” de todo aquello que se opone al proyecto liberador de Jesús de Nazareth.

A Vida Religiosa da América Latina e do Caribe sofreu um profundo impacto transformador a partir do Concilio Vaticano II. Chegar a constituir ao pobre como critério verificador de todo seu compromisso sócio-religioso, se converteu no verdadeiro motor de transformação. Isto impulsionou muitos religiosos a uma mudança de lugar geográfico e social, que na linguagem comum se denominou “inserção”. Em meio do dinamismo da vida, é necessário que se faça um discernimento para ver em que a inserção é importante e quando é necessário distanciar-se dos anti-valores da pós-modernidade. A Vida Religiosa deve estar presente como “antídoto” de tudo aquilo que se opõe ao projeto libertador de Jesus de Nazaré.

Para la Vida Religiosa post-conciliar, el pobre se constituye en el criterio verificador de todo el compromiso pastoral. Esto implica un cambio de lugar geográfico y un cambio de lugar social. Cuando hablamos de “Vida Religiosa inserta”, nos referimos a todas las implicaciones personales, evangélicas, comunitarias y sociales que significa ese desplazamiento, tanto en las formas externas de vida, como en la mentalidad y al interior de las conciencias.

1. LA VIDA RELIGIOSA ANTES DEL CONCILIO VATICANO II

La Vida Religiosa antes del Concilio Vaticano II vivía su relación con Dios, no a través de una experiencia personal, sino basada, sobre todo, en la observancia minuciosa y obsesiva de las prácticas religiosas consagradas por la tradición y por las Constituciones y Reglas de cada Instituto. Esta tradición era aceptada sin ninguna discusión, ya que resumía la experiencia religiosa de los/as fundadores/as y otros grandes santos. De ahí nacía el valor incuestionable de la “observancia regular”.

La vida comunitaria se resumía en poder practicar, puntualmente, ese conjunto de normas y ejercicios de piedad. El silencio y el no contaminarse con lo “mundano” (relaciones, amistades, lecturas, espectáculos...) eran indispensables para proteger el clima espiritual y el ambiente de observancia.

La vida comunitaria se limitaba, por lo tanto, a participar en actos litúrgicos y prácticas piadosas en común. Aunque estos actos fueran realizados en *comunidad*, sin embargo, eran siempre actos individuales, realizados en presencia de todo el grupo.

Para la misión evangelizadora se exigían, prioritariamente, dos criterios: santidad personal y preparación para la predicación y para dictar algunas pláticas o clases de catequesis. Las circunstancias socio-políticas o económicas nada tenían que ver. Más bien, había que alejarse del “mundanal ruido” para no “contaminarse”.

Se constata en la predicación una actitud proselitista con muy poco respeto hacia otras creencias. Predomina lo apologético en la exposición doctrinal.

Se partía de una concepción vertical de la autoridad, revestida de un permanente carácter sacral. El superior o la superiora era el representante de Dios y ella decidía lo que convenía o no a cada uno de los “súbditos”. Se daba mucha importancia a todo lo jurídico, con un predominio muy marcado de las actitudes legalistas.

Ser “buen/a religioso/a” y hasta santo/a, era observar minuciosamente todas

las leyes, normas y reglamentos que rigen la vida del cristiano y la vida del religioso/a. La teología parecía estar subordinada al servicio de las Instituciones Religiosas.

En la preparación catequética para la recepción de los sacramentos, había más preocupación por la validez y la licitud del acto religioso en sí, que por la pastoral y la formación religiosa del sujeto.

2. “CAMBIA, TODO CAMBIA...”

En la década de los 70 y los 80, la Iglesia latinoamericana y caribeña, bajo el impulso del Concilio Vaticano II y de Medellín, se abrió a la opción por los pobres, al compromiso por la liberación integral, a la urgencia de luchar por un profundo cambio de estructuras, a la denuncia profética, etc.

Todo ello iba acompañado y enriquecido por una lectura más frecuente de la Palabra de Dios, relacionada continuamente con la vida del pueblo. En la Biblia descubre la Vida Religiosa la inspiración y la fuerza para el ministerio de la denuncia profética en contra de las estructuras injustas vigentes.

Nacen las Comunidades Eclesiales de Base con el impulso de la Teología de la Liberación y la Vida Religiosa se orienta por nuevos caminos, hacia los sectores populares, tratando de insertarse en las áreas más pobres y deprimidas de la sociedad.

El mayor aporte de la Teología de la Liberación, en esos momentos, fue la invitación a toda la Iglesia a un cambio de lugar social. Después de cuatro siglos

de convivencia pacífica y legitimadora con el sistema tradicional reinante, la Teología de la Liberación pide, como exigencia ineludible del Evangelio, ese cambio de lugar social para insertarse, al lado de los pobres, asumiendo su forma de vida y sus proyectos históricos. Esto lleva inevitablemente, a vivir la conflictividad que genera el luchar contra la pobreza y sus causas, pero permaneciendo siempre al lado de los pobres.

Así, el escenario socio-político se fue ampliando con nuevas conquistas y nuevos actores sociales: mujeres, indígenas, afro-americanos, inmigrantes y movimientos ecológicos entran en escena. Los aportes, desde el punto de vista religioso-cultural, fueron muy importantes: teología feminista, teología india, teología afro-americana, teología política, eco-teología. La Vida Religiosa se abre en abanico para tratar de responder a toda esa variedad, tan importante, de nuevos retos que nacen, vinculados de algún modo, a la post-modernidad.

El seguimiento del Jesús histórico, la búsqueda de Dios en lo cotidiano de la vida, la lucha por la justicia, el rechazo, al conformismo... todo ello va alentado siempre, con la esperanza en la fuerza liberadora del Evangelio de Jesucristo que anima la fuerza histórica de los pobres.

Las intuiciones fundamentales de esta “nueva teología de la Vida Religiosa” las podríamos concretar en la fidelidad al pobre, a los marginados y a los excluidos de la sociedad.

Es necesario señalar que todo el trabajo promocional va acompañado de una

nueva metodología, que se desarrolla siguiendo la permanente dinámica del “círculo hermeneúutico”: desde la vida, a la fe y desde fe a la misma vida.

Se viven unos tiempos de gran dinamismo. Las nuevas conquistas de la ciencia van acompañadas de cambios en la forma de vida y, sobre todo, en la escala de valores. La Vida Religiosa también es afectada y cuestionada en su interior por esos cambios.

Desde el fondo mismo de la modernidad ha nacido la post-modernidad: hay que vivir y disfrutar el presente, dentro de un gran pluralismo de valores; se percibe el crepúsculo y el desencanto de la razón ilustrada; se cuestionan y se rechazan las utopías. A las consignas de la modernidad se mira con escepticismo: progreso, revolución, racionalismo, positivismo, compromiso político, cambio de estructuras... son sueños. Lo que interesa es vivir el presente. Es el único instrumento que se tiene en las manos. En este sentido, se da una gran valoración del individualismo, del escepticismo, del consumismo, del sexismo... vinculados a la cultura de la imagen, de lo cercano, de lo directo, de lo inmediato, de lo gráfico.

En contraposición, los valores éticos se diluyen en un creciente y decadente “relativismo moral”, levemente sustentado por un “pensamiento débil”, por “consensos blandos” y por unas convicciones casi siempre provisionales.

3. LA VIDA RELIGIOSA SE AUTO-ANALIZA, SE CUESTIONA Y SE RENUEVA

La Vida Religiosa vivió un verdadero

terremoto a partir del Concilio Vaticano II. Para muchos, se estaba dando un verdadero cambio hacia sus valores más profundos y evangélicos, pero para otros, sobre todo entre los mayores, era una “mundialización” que generaba desconcierto, angustias y numerosos abandonos.

Se profundiza una nueva dimensión de la espiritualidad que se va a expresar, ante todo, en la experiencia personal del amor de Dios por todos y cada uno de nosotros; en ella está muy presente el Jesús histórico de los Evangelios y en Él se revela, principalmente, Dios-Padre.

Contra los formalismos y contra la excesiva reglamentación de la vida comunitaria, surge una gran creatividad, tanto en las personas como en los distintos Institutos. No se puede negar que también se cometieron excesos.

Al derrumbarse el esquema clásico, muchos/as “pierden piso” y tambalean. Otros/as abandonan la Vida Religiosa, rompiendo con su compromiso de consagrados/as.

Se privilegia lo comunitario y las relaciones personales se vuelven mucho más subjetivas. Las prácticas religiosas pierden importancia, desplazándose el interés hacia las relaciones interpersonales. La comunidad es vista como un apoyo y un medio para profundizar la experiencia de Dios. Es el lugar privilegiado para la auto-realización humana y personal. Para lograrlo, se redujo el número de miembros de las comunidades, con una dimensión mucho más humana y no de “cuartel”. Se multiplican las reuniones de comunidad, con gran liber-

tad de expresión y aportes de todos.

En la oración común el ambiente se torna mucho más personal. Se valoran la liturgia y la Biblia como fuentes de alimento espiritual.

Hay también un desplazamiento hacia lo psicológico y lo inter-subjetivo. El discernimiento personal y grupal es el medio más apropiado para buscar la voluntad de Dios.

Todo ello, aunque lo juzguemos desde la perspectiva actual como muy positivo, sin embargo, fue causa de no pocos enfrentamientos. Las críticas se centraban en el exceso de libertad, en la falta de disciplina, en sub-valorar la oración personal y en la falta de coherencia, ya que muchos/as aceptaron los cambios más como liberación personal que como compromiso solidario con los pobres.

El concepto de autoridad sufrió un impacto tremendo, que aún en el momento actual, tiene resonancias, en muchas comunidades. No son pocos quienes añoran el sistema de obediencia antiguo ya que daba más seguridad y evitaba tendencias excesivamente personalistas o divisionistas en las comunidades.

La nueva concepción de la obediencia implica que las decisiones importantes las debe tomar la comunidad en su conjunto, después de escuchar las opiniones de todos. La autoridad, más que una función jurídica, tiene que ser entendida y practicada como un servicio. Un superior o superiora actualizado/a debe preocuparse por crear ambiente de comunión, de participación y de discernimiento grupal.

La misión no se debe realizar sin conocer el ambiente y la mentalidad de las personas a las que se va a evangelizar. Se debe dar gran importancia al contexto socio-religioso y psico-social, y buscar el diálogo, lejos de todo objetivo proselitista o apologético. En realidad, toda la formación del religioso/a debe tener una dimensión esencialmente misionera y pastoral.

La Vida Religiosa descubrió también que debía vivir con una referencia muy marcada hacia la Iglesia como pueblo de Dios y, en particular, hacia la Iglesia local. Muchas obras se hacían antes sin referencia alguna a su propia Diócesis o Parroquia. Las figuras del Obispo y del Párroco han adquirido mayor importancia.

No pocas veces, muchos religiosos se han entregado a la labor pastoral en las Parroquias, abandonando, en la práctica, su condición de consagrados.

Por otra parte, de la rigidez ortodoxa se ha dado paso a los movimientos ecuménicos, tratando de respetar y de dialogar con personas de otras creencias religiosas o que se declaran agnósticas.

Se han dado notables avances con relación a otras culturas. Para expresar el desafío que significa la evangelización de las culturas se acuñó el término de “inculturación”.

La Doctrina Social de la Iglesia adquiere más relevancia, así como la liturgia, animada de una oración mucho más participativa.

También se han dado cambios muy sig-

nificativos en la comprensión y en la práctica de los Votos Religiosos.

El voto de pobreza se expresa ahora desligado, quizás excesivamente, del permiso de los superiores. La sociedad de consumo ha ido destruyendo el sentido del ahorro y de la austeridad personal. No se acepta el trabajar sin ganar un salario. Algunos grandes colegios se convierten en entidades lucrativas, no así las humildes escuelitas del campo o de los barrios marginales.

Esto se ha ido desarrollando dentro de un alto sentido crítico que, aunque muy necesario y positivo, no pocas veces provoca enfrentamientos, sobre todo en cuanto al uso del dinero.

Con relación al voto de castidad, se han desarrollado amistades y mayor confianza entre ambos sexos, llegando a realizar, con mucha frecuencia, trabajos en conjunto. Estas mutuas relaciones entre ambos sexos han logrado que se comprenda mejor su necesidad para el equilibrio psicológico y para una mayor madurez humana.

El mundo actual ha comenzado a ver la castidad como algo sospechoso. Este reto entre la vida consagrada en castidad y el normal desarrollo inter-sexual ha generado no pocos problemas en la Vida Religiosa, llegando a ser la causa más importante en relación a la no perseverancia, tanto en uno, como en otro sexo.

Sin embargo, la castidad como consagración a Dios adquiere, en la vida actual, una nueva dimensión del amor y del compromiso con los demás. La ver-

dadera castidad no separa, ni discrimina; no empobrece la afectividad, sino que la orienta y la profundiza.

La obediencia antigua insistía en que toda autoridad viene de Dios, dándole a esa expresión un carácter un tanto determinista. El superior o la superiora, junto con la comunidad, es quien debe abrir paso hacia el discernimiento comunitario para ver qué es lo que se debe hacer.

En cuanto a la experiencia de Dios en el pobre, el “otro” adquiere un rostro concreto, constituyéndose en el criterio verificador de toda nuestra pastoral. Se han ido formando pequeñas comunidades en un verdadero éxodo hacia la periferia. Se ha dado, y se está dando, ese cambio de lugar geográfico y de lugar social.

4. NUEVOS DESAFÍOS... ¿INSERCIÓN O DESERCIÓN DE LA VIDA RELIGIOSA?

Vivimos inmersos/as en un sistema que, cada vez más alejado de los ideales evangélicos, se rige por el triple valor idolátrico del tener, del poder y del placer (hedonismo consumista). Hay una lógica interna dentro de este sistema que inter-relaciona estos tres ídolos, en forma vital, con la totalidad de la existencia.

Los tres votos de la Vida Religiosa deben asumir una actitud crítica y radical frente a los anti-valores presentes en nuestra sociedad. En el proceso evangélico de inserción se debe discernir para ver en qué hay que “insertarse” y en qué hay que “distanciarse.” Existe un peligro concreto: muchos/as religiosos/as van

asumiendo una falsa inserción al querer vivir, con todas sus implicaciones, la realidad de mundo actual con sus propios anti-valores. Los tres votos religiosos deben hacer frente a este difícil reto.

El voto de pobreza prefigura un modo de vivir en sencillez y solidaridad. Es libertad interior frente a la dictadura del dinero. Es austeridad, simplicidad de vida y protesta contra el consumismo.

En cuanto a la castidad, frente al erotismo generalizado, comercializador y degradante, la castidad consagrada, vivida en plena alegría y decisión personal, es una permanente crítica profética a la sociedad erotizada.

El voto de obediencia significa para el religioso o la religiosa, ponerse en manos de Dios en actitud de servicio al proyecto del pueblo. La obediencia desenmascara los mecanismos del poder que se esconden bajo el manto de una falsa autoridad y descubre que la verdadera autoridad es servicio, que exige siempre justicia y equidad.

Debemos estar en guardia constante ya que el neoliberalismo-globalizador, de praxis economicista e individualista, reniega de los grandes ideales de inserción en el pueblo pobre y se expresa en un marcado elitismo.

Se observa con preocupación, que la mentalidad post-moderna tiene resonancias en ciertos tipos de espiritualidad. Se expresa en repliegue de muchos/as religiosos/as sobre sí mismos/as, sus propios Institutos, su historia, su carisma, rechazando o desconociendo todo proyecto socio-transformador. Se puede

ver algunas instituciones religiosas que viven una espiritualidad más individual que comunitaria; más privatista que social; más personalista que eclesial; más elitista que popular; más devocional que bíblica y litúrgica; más sentimental que teológica... una espiritualidad más dispuesta a captar la presencia de Dios en fenómenos para-normales y no en la sencillez y en lo cotidiano de la vida.

Referencias:

LIBANIO, J.B, "Las grandes rupturas socio-culturales y eclesiales de la Vida Religiosa", Petropolis, 1980.

PALMÉS, Carlos, "La Vida Religiosa en América Latina", Ed. Verbo Divino, Cochabamba, 2005.

CODINA, Víctor y ZEBALLOS, Noé, "Vida Religiosa. Historia y Teología", Ed. Paulinas, Madrid, 1987.

